

UNA ANTROPOLOGIA COSMOLOGICA Y PSICOSOMATICA EN EL SIGLO XVI

Nuevo intento de comprensión de la obra del bachiller M. Sabuco y Alvarez

«Yo pido... que me declaréis aquel dicho, escrito con letras de oro en el templo de Apolo: *Nosce te ipsum*, concéte a ti mismo; pues los antiguos no dieron doctrina para ello, sino sólo el precepto, y es cosa que tanto monta conocerse el hombre, y saber en qué difiere de los brutos animales...».

(Veronio, en el *Coloquio del conocimiento de sí mismo*).

«Trata (el libro) del conocimiento de sí mismo, y de la doctrina para conocerse y entenderse el hombre a sí mismo y a su naturaleza, y para saber las causas naturales por qué vive y por qué muere o enferma».

(En la *Carta dedicatoria al Rey Nuestro Señor*, de las *Obras Completas de Sabuco*, que llevan como título general *Nueva filosofía de la naturaleza del hombre*).

I.—¿POR QUE VOLVER SOBRE LA OBRA DE MIGUEL SABUCO?

A varios ha preocupado, en diversas épocas, la obra científico-filosófica del médico de Alcaraz (Albacete). No es que existan muchos estudios, y menos aún estudios profundos, acerca de esta curiosa y original figura de nuestra Edad de Oro. Algunos tal vez piensen que no merece mayor atención un *segundón* de esos parientes pobres que somos los españoles dentro de la gran familia filosófica. Otros atribuirán el desinterés a nuestra secular e incorregible desidia con relación a nuestro pasado cultural.

Julián Sánchez Ruano se quejaba en 1867 de esta apatía reinante entre los investigadores e historiadores del pensamiento hispano: «El título solo de la obra y la indicación de su contenido mueve de tal modo la curiosidad del estudioso, que no puedo menos de maravillarme de la escasez e inexactitud de noticias que sobre escritora tan ilustre se leen en los historiadores de nuestra civilización y filosofía y en nuestros eruditos bibliófilos y bibliógrafos. Nicolás Antonio no dice de ella sino la frase que apuntamos arriba (*rarum in sexu decus, quamvis inter Hispanos minus rarum*); Arnau no la nombra siquiera; Feijoo no la cita sino de paso y meramente como propagadora o inventora de la famosa teoría del *flúido nervioso* siglos antes que Ingleses y Franceses

la expusieran como novedad»¹. Sánchez Ruano cita a continuación a Lampillas, Morón, Valladares, Patricio Azcárate, Nicolás Quintana, Forner, Tapia, etc.: estos estudiosos de nuestra cultura, o no dicen nada de la obra de Miguel Sabuco, o sólo dedican a su memoria breves y vagas palabras.

Después de Sánchez Ruano no ha variado sustancialmente la actitud de nuestros investigadores y críticos con relación al boticario y procurador síndico de Alcaraz. Menéndez Pelayo, Méndez Bejarano, Marcial Solana, Fraile... le prestan escasísima atención, si la comparamos con la que dedican a otros contemporáneos y compañeros en las lides literarias e intelectuales de Sabuco. Alain Guy y Raimundo Drudis Baldrich se han preocupado algo más de Sabuco, como lo hizo antes don Adolfo de Castro en el prólogo del tomo LXV (dedicado a nuestros filósofos) de la Biblioteca de Autores Españoles. En el reciente manual de José Luis Abellán² ni siquiera se enumera a Miguel Sabuco y Alvarez entre los médicos-filósofos del siglo XVI.

Mayor estima parecen haber tenido de Sabuco y de su obra escrita los historiadores de la medicina española: Martínez, Hernández Morejón, Chinchilla, y últimamente Luis S. Granjel han puesto de relieve la originalidad e importancia del pensamiento sabuceano en el terreno científico.

En cuanto a la valoración que se ha hecho de las ideas filosóficas del médico-boticario de Alcaraz, podemos constatar que es multiforme y aún contradictoria. Cuevas explica *more scholastico* la doctrina del albaceteño, pero sin incidir directamente en los graves problemas que plantea, distanciándose conscientemente de Aristóteles. Luis Vidart —más apologista que historiador a la hora de reconstruir nuestro pasado filosófico— trata de descubrir los errores del libro de Sabuco: materialismo, sensualismo...

Julián Sánchez Ruano es un panegirista descarado de su compaisano: «...trató —escribe— con suma claridad, energía y enlace, de cuestiones capitalísimas ... sobre Antropología, Cosmología y Política, esparciendo en cada página brillantes gérmenes de adelanto, experiencia y vigor filosófico, hasta el punto de no conocer superior en su época, ni en España ni fuera de España, por lo que toca a independencia de criterio, novedad de enseñanzas y aversión y guerra a la autoridad omnipotente y abusiva de Peripato»³. En la misma línea se encuentran Cuartero y otros.

Méndez Bejarano y Guillermo Fraile se fijan más en el aspecto formal pedantesco de los escritos de Sabuco que en su contenido, implícita o claramente expresado. Menéndez Pelayo opina que la obra del alcaraceño, lo mismo que el famoso libro de Juan Huarte de San Juan *Exa-*

1 J. Sánchez Ruano, *Doña Oliva Sabuco de Nantes (escritora ilustre del siglo décimo-sexto). Su vida. Sus obras. Su valor filosófico. Su mérito literario* (Salamanca 1887) 11.

2 J. L. Abellán - L. Martínez Gómez, *El pensamiento español de Séneca a Zubiri* (Madrid 1977).

3 J. Sánchez Ruano, o. c., 12-13.

men de ingenios, son discretos y amenos, mas por ningún concepto pertenecen a la alta filosofía.

En nuestros días Drudis Baldich comparte con Marcial Solana la idea de que la obra no es original —a excepción de su enfoque médico—, pero que nos ofrece «una visión del universo en la que subyace una determinada concepción filosófica del hombre»⁴. Alain Guy, después de resumir las ideas de Sabuco, trata de resaltar una faceta importante del farmacéutico de Alcaraz: la de ser auténtico *precursor* en muchos puntos realmente importantes y aun transcendentales para la cultura general. En este rasgo coincide con otros patriotas suyos, como diremos más adelante. El hispanista galo, al comienzo de las páginas que dedica a Sabuco en su conocida obra *Los filósofos españoles de ayer y de hoy*, afirma textualmente: «Sabuco es uno de esos médico-filósofos que fueron la gloria de la vieja España por su espíritu crítico y sus puntos de vista resueltamente nuevos»⁵. Como se sabe, esta tradición en el mundo de la medicina española llega hasta nuestros días.

Casi todo lo dicho anteriormente, más que instarnos al estudio o reconsideración de la obra de Miguel Sabuco, parece disuadirnos resueltamente de ello. ¿Para qué volver sobre el pensamiento filosófico del farmacéutico de Alcaraz? ¿No se ha dicho ya todo lo poco que puede decirse de él o, al menos, aquello que *vale la pena* decir?

Después de contemplar el panorama anterior y a pesar de las contradicciones existentes, juzgo que es conveniente revisar la obra de Sabuco y estudiarla con mayor detención de lo que se ha hecho hasta el presente. Fundamento esta opinión en una serie de razones que voy a exponer brevemente:

Primera. No es excesivo y, sobre todo, no es excesivamente importante el material filosófico que nos ha legado nuestro pretérito cercano o remoto, como para que despachemos con cuatro tópicos, con cuatro frases más o menos magnificantes o vituperantes, figuras de cierto relieve, sin llegar al fondo de su preocupación intelectual y sin calibrar la importancia histórica de su mensaje intelectual, dentro del contexto europeo en que fue presentado. Otros países de Europa y de América podrían servirnos de ejemplo en cuanto al trato que dan a sus escritores, desconocidos muchas veces fuera de las propias fronteras. El conocimiento que universitarios e incluso profesionales de la filosofía tienen de Sabuco es casi nulo. Lo mismo ocurre con otros personajes aparentemente secundarios de nuestra historia.

Segunda. En los estudios llevados a cabo sobre la historia de nuestro pensamiento, se ha descubierto ya un conjunto de rasgos que van perfilando o dibujando nuestra identidad cultural. Se trata —afirman algunos— de una historia o evolución discontinua, frecuentemente rota por los exilios políticos y otras causas. Se trata de un desarrollo con protagonismos de figuras señeras, que han emergido muchas veces de forma casi espontánea, sin un clima previo que las haya propiciado. Se trata,

4 *Enciclopedia de la Cultura Española*, V (Madrid 1963) 184.

5 A. Guy, *Los filósofos españoles de ayer y de hoy*, trad. por L. Echávarri (Buenos Aires 1966) 71.

en fin, de una historia con personajes que se adelantan frecuentemente a su época, que ofrecen un acervo de ideas poco organizadas o sistematizadas, etc. Tal vez haya que añadir otra característica que descuella ciertamente en la obra de Sabuco: con frecuencia nuestros pensadores sólo indicaron o sugirieron su filosofía, sin llegar a explicitarla convenientemente. No sé si estaré equivocado, pero estimo que una de las tareas más urgentes de los estudiosos de nuestra historia cultural quizás sea la de ayudar a nacer del todo a tantos entes frustrados, desarrollando las posibilidades que llevan dentro. Del boticario y letrado de Alcaraz se ha afirmado —como vimos antes— que fue precursor en varios aspectos. Pero también se ha asegurado que ofrece el conjunto de su obra una subyacente cosmovisión y antropovisión. Creo que no es tiempo perdido poner al descubierto las líneas maestras de su estructura arquitectónica.

Tercera. En cuanto a los aspectos progresistas de su pensamiento, conviene determinarlos bien. La enumeración llevada a cabo por historiadores e investigadores no es exhaustiva ni mucho menos. Es preciso conocer todos los aspectos precursores y adelantados de su doctrina —al margen de las ideologías dominantes en España y buena parte de Europa— y mensurar o valorar su alcance y significado histórico. Desde la perspectiva de una sociología del conocimiento —que hoy es una de las imperantes en nuestra área cultural— resulta ésta una de las tareas que más interesan.

Cuarta. Por último, existe una razón en cierta forma personal. Juzgo que el tema del hombre es uno de los que más han ocupado y preocupado al pensante español (también al hispanoamericano). Estoy empeñado en estudiar esta zona de nuestro pasado cultural, en sus nombres más significativos: Sabunde, Pérez de Oliva, Simón Abril, Forner, etc. Hoy quiero detenerme en Miguel Sabuco y Alvarez, prestándole una atención que se le ha recusado casi sistemáticamente.

II.—PERSONALIDAD DE MIGUEL SABUCO

No son muchas las noticias que tenemos del albaceteño. Según parece, fue un hombre de difícil carácter, pero que llegó a ocupar una buena posición social, acompañada de un suficiente desahogo económico. Como ha probado Marco Hidalgo, desempeñó los cargos de procurador síndico y de letrado de Alcaraz. Seguramente que sus compaisanos premiaban con esta elección, no el temperamento, sino la notabilísima cultura de Miguel Sabuco.

En efecto, basta con hojear la obra del médico-farmacéutico para darse uno cuenta de los grandes conocimientos filosóficos, científicos, literarios... que poseía. Cita con soltura, desde los principales autores de la antigüedad greco-latina, hasta los más renombrados poetas españoles de su siglo: Garcilaso, Fray Luis de León, etc.

Naturalmente, su cultura es más vasta y profunda en el campo de la farmacia y de la medicina. El ejercicio público de estas dos profesiones

puede considerarse como una prueba bastante fehaciente de que cursó estudios de nivel superior según las costumbres y normativa de la época. Es lógico que diga en su carta dedicatoria al Rey Nuestro Señor que nunca estudió medicina, ya que figuraba como autora del libro su hija —quinta del primer matrimonio— doña Oliva Sabuco de Nantes Barrera, y en aquel entonces no se consideraba normal que una mujer realizase tal tipo de estudios.

Al margen de esos estudios profesionales, parece que Sabuco leyó muchos libros de las más variadas disciplinas, pudiéndosele considerar en este aspecto como un verdadero autodidacta. No se contentó con los saberes oficiales de la época, sino que —llevado de una curiosidad e inquietud ingentes— penetró a veces en terrenos peligrosos e incluso prohibidos, haciendo fintas y filigranas para librarse de la condena de la Inquisición. Lo mismo sucedió con otros coetáneos suyos.

En el terreno filosófico destaca su actitud ecléctica inicial, conectando así con una fuerte tradición existente en la historia del pensamiento hispano. En principio, el boticario de Alcaraz se abre a todos los vientos de la filosofía. Estudia los griegos y los romanos, a veces no directamente en sus textos originales, sino a través de intermediarios. Se le nota una especial simpatía por Platón y por los escritores españoles. En su *Nueva filosofía* está muy presente el pensamiento de Séneca, así como el del Infante don Juan Manuel, Juan Luis Vives, Juan Huarte de San Juan, Pedro Simón Abril y otros. A pesar de todo, creo que nunca llegó a ser un profesional de la filosofía, ya que a veces maneja con muy escasa precisión términos y conceptos que estaban en boga en su época, incluso fuera del ámbito de la Escuela.

Alain Guy dice que Sabuco adoptó puntos de vista resueltamente nuevos. Pero conviene subrayar que si esa «originalidad» le mantuvo a veces alejado de la ciencia establecida y a veces, incluso, enfrentado con ella, frecuentemente le permitió a él —y, por consiguiente, a la cultura española— conectar con el más actual pensamiento europeo de la época, del cual en algunas facetas fue auténtico adelantado. Me parece que la constatación de esa doble corriente de ideas —la establecida y la marginal— es una clave imprescindible para interpretar correctamente la historia de nuestro pensamiento y, por supuesto, también la de otros pueblos y etnias.

En cuanto a la actitud intelectual de Miguel Sabuco, creo que lo que destaca de una manera diáfana es su deseo fundamentalmente *integrador*, que nos *recuerda* la tesitura básica del Renacimiento y su modelo de «hombre universal». El farmacéutico de Alcaraz pretende englobar en un mismo sistema mental la teoría y la práctica, la filosofía y la ciencia positiva, el conocimiento vulgar y el cualificado. No admite la especulación pura y desinteresada: los saberes deben servir, no sólo para contemplar e interpretar al hombre y al mundo, sino también para transformarlo mejorándolo. Su obra tiene, según esto, una apariencia enciclopédica, ya que se recogen y superponen en ella los distintos conocimientos y —lo que es más extraño— diversos niveles epistemológicos. Sobre este punto insistiremos más adelante.

Sabuco tiene una conciencia exacerbada de la originalidad e impor-

tancia de su obra. Afirma en la citada *Carta Dedicatoria al Rey Nuestro Señor*: «Tan extraño y nuevo es el libro, cuanto es el autor... Este libro faltaba en el mundo, así como otros muchos sobran... Esta era la filosofía necesaria, y la mejor y de más fruto para el hombre, y ésta toda se dejaron intacta los grandes filósofos antiguos»⁶. Frases como éstas, que se repiten a lo largo de los escritos sabuceanos, han desazonado a más de un historiador... ¿A qué se debe la aparente pedantería de Sabuco? ¿Se trata de una actitud conscientemente buscada o de una debilidad provinciana, de un orgullo ingenuo del autor? Dijimos al principio que son muy escasas las noticias que tenemos del médico-filósofo como para aventurar una respuesta definitiva. De todos modos, me parece que se deben tener en cuenta estos dos factores:

Primero. Sabuco no quiere ser en manera alguna un mero repeticor de tesis comúnmente aceptadas en aquella época y en el área cultural en que vivía. Pretende abrir nuevos interrogantes, y, sobre todo, contestar con fórmulas inéditas a graves y muy antiguos problemas antropológicos.

Segundo. Históricamente se ha podido comprobar que varias de las intuiciones sabuceanas —incluso filosóficas— han resultado, no sólo importantes, sino transcendentales para el saber posterior. En este punto no estoy de acuerdo con los juicios minusvalorativos de Solana, Fraile y otros historiadores. La indudable inquietud científica, el deseo de romper con moldes, la conciencia de la importancia de algunos hallazgos... tal vez expliquen en parte ese autobombo desmedido que, a veces, nos recuerda más a un charlatán de feria que al señor enterado e inteligente que demuestra ser a lo largo de sus escritos.

Por último, en esta breve descripción de la personalidad intelectual de Miguel Sabuco, quiero hacer referencia a su estilo literario. Se expresa en un castellano elegante, sin llegar a ser un estilista o un clásico. Tal vez se le pueda presentar como uno de los mejores modelos de prosa didáctica en lengua castellana. Escribe con naturalidad, honradez, ternura, de forma directa y con lenguaje normalmente popular. Sánchez Ruano habla de la claridad, energía y enlace del estilo sabuceano, como principales rasgos de su mérito literario. Siguiendo una costumbre renacentista de origen clásico, utiliza la forma dialógica o coloquial de expresión, participando en la conversación pastores-filósofos —otra ficción literaria de la época— o un pastor y un hombre de letras, como ocurre en el diálogo de *Vera Medicina*.

No quiero pasar al apartado siguiente sin hacer una breve alusión al fraude de la autoría de la *Nueva Filosofía*. Como es bien sabido, Miguel Sabuco y Alvarez hizo que figurase como autora de la obra su hija —quinta de los ocho hijos habidos en el primer matrimonio— doña Oliva Sabuco de Nantes Barrera. Durante varios siglos se admitió el engaño, condicionando este hecho sin duda —a favor o en contra— algunos de los juicios emitidos sobre la obra del albaceteño. Citamos antes las palabras extrañadas de Nicolás Alonso: «rarum in sexu decus,

⁶ *Obras de Doña Oliva Sabuco de Nantes* (escritora del siglo XVII) (Madrid 1888) XLII, en la *Carta Dedicatoria al Rey Nuestro Señor*.

quamvis inter Hispanos minus rarum». José Marco Hidalgo se encargó de deshacer el entuerto en 1903. ¿Cuál fue el motivo determinante del fraude? No parece muy fiable la afirmación del mismo Sabuco en el acta notarial de 1587: «para atribuirle el honor, pero no el beneficio material»⁷. Tampoco se puede probar que tuviesen algo que ver con esto sus segundas nupcias. Es posible que la razón resida —aunque lo dudo mucho— en el miedo al Santo Oficio y a los médicos y filósofos más cotizados, a quienes ataca a veces duramente. Yo ofrezco otra explicación, basada en la misma naturaleza de la obra de Sabuco: presenta el alcaraceño unas ideas que él estima totalmente nuevas y originales; por eso siente miedo a no saber responder del contenido de las mismas. En las páginas preliminares del libro dice que tiene «por bien no enfadar con la ostentación de muchas alegaciones ni refutaciones»⁸. No desea enzarzarse en discusiones, sino que se remite a la verificación de los hechos: «suplico a los sabios médicos esperen con prudencia al tiempo, experiencia y suceso, que declaren a vista de ojos la verdad»⁹. Llega a pedir «que se pruebe esta mi secta un año»¹⁰. Naturalmente, esta actitud —en el fondo tremendamente evasiva— era más comprensible y aceptable tratándose de una mujer joven que si se refiere a un varón maduro y culto. Por eso quizás transfirió a su hija doña Oliva la autoría del libro. Se trata —claro está— de una hipótesis que habría que comprobar con nuevos hallazgos en la biografía y en la bibliografía de Sabuco. Pero en el mismo caso se encuentran las explicaciones anteriores.

En resumen, Miguel Sabuco tiene unas características en su personalidad general y en su personalidad científica que pueden ayudar mucho a comprender la suma de conocimientos que aparecen en su obra escrita.

III.—ALGUNAS NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Miguel Sabuco y Alvarez publica en 1587 un libro, cuyo título completo es como sigue: «*Nueva Filosofía* de la naturaleza del hombre, no conocida ni alcanzada de los grandes filósofos antiguos, la cual mejora la vida y salud humana».

Acaso fue el único que escribió. A primera vista semeja una colección de estudios, redactados quizás con alguna diferencia de tiempo.

En efecto, en la obra del farmacéutico de Alcaraz podemos distinguir dos partes perfectamente diferenciadas:

1ª) Un *primer cuerpo de doctrina*, distribuido en *cuatro coloquios*:

a) *Coloquio del conocimiento de sí mismo* (también llamado «*Coloquio de la naturaleza del hombre*»), dividido en LXX títulos.

b) *Coloquio en que se trata la compostura del mundo como está*; comprende VII títulos (del I al VII).

7 A. Guy, *Los filósofos españoles...*, 71.

8 *Obras de Doña Oliva Sabuco...*, XLIV.

9 *Ibid.*, XLVIII, en el *Prólogo al lector*.

10 *Ibid.*, XLIII.

c) *Coloquio de las cosas que mejoran este mundo y sus Repúblicas*; comprende desde el título VII al XV, ambos inclusive.

d) *Coloquio de auxilios y remedios de la vera medicina*, con los cuales el hombre puede entender, regir y conservar su salud; no está dividido en títulos.

En estos coloquios intervienen tres pastores-filósofos: Antonio, Veronio y Redonio; el primero de ellos es el que lleva la batuta en la discusión y expone principalmente las ideas del autor. Los cuatro parlamentos tienen entre sí una coherencia manifiesta, lo cual no quiere decir que fuesen escritos como parte de un todo.

2ª) Un *tratado adicional* y complementario, cuyo título es el siguiente: «*Vera Medicina y vera Filosofía*, oculta a los antiguos». Está a su vez dividido en *dos diálogos*, en que intervienen un Doctor-médico y el pastor-filósofo Antonio:

A) «*Diálogo de la Vera Medicina*, que resulta de la naturaleza del hombre, la cual muestra clara y evidentemente estar errada la medicina escrita que se usa en sus principales fundamentos. Dáse la verdadera medicina al mundo, por la cual se podrá evitar la muerte temprana o violenta».

B) *Dichos breves y compendiosos de la naturaleza del hombre*. Estas últimas páginas del libro están escritas fundamentalmente en latín, aunque incluyen varias frases en castellano. Quieren ser un resumen de los tratados anteriores, y están subdivididas en dos partes:

a) *Dicta brevia circa naturam hominis, medicinae fundamentum*.

b) *Vera philosophia de natura mistorum, hominis et mundi, antiquis oculta*.

Los diversos tratados o partes de la obra de Sabuco, aunque hayan sido escritos en distintas circunstancias, forman un *todo unitario*, ya que responden a una misma intención: construir una antropología filosófica que sirva de base a una medicina eficaz. Vamos ahora a decir unas palabras sobre las varias ediciones existentes del libro del farmacéutico de Alcaraz. Son las siguientes, hasta 1888:

1587 ... Madrid (?)

1588 ... Madrid

1622 ... Braga

1728 ... Madrid

1847 ... Madrid (?). Esta edición comprende solamente lo relativo a la psicología de las pasiones.

1886 ... París. Sólo reproduce el tratado de las pasiones.

1888 ... Madrid.

En el año 1588, además de la edición citada, aparece una reimpre-
sión, sin indicación de lugar, lo cual hace pensar que es fraudulenta. En la «Biblioteca de Rivadeneyra» se publica una edición reducida de los dos coloquios más importantes del libro de Sabuco: El *Coloquio del conocimiento de sí mismo*, y el *Coloquio de las cosas que mejoran este mundo y sus Repúblicas*. Se recogen los dos coloquios en el tomo LXV de la Biblioteca de Autores Españoles, dedicado a obras escogidas de filósofos (Madrid 1953). La primera edición apareció en 1873. También

en la «Biblioteca filosófica»: Los grandes filósofos españoles III (Madrid 1923) se publica *Obras de Miguel Sabuco* (antes doña Oliva), por Benjamín Marcos, con prólogo del doctor Tomás Maestre.

La primera edición ya fue hecha «sub correctione Matris Ecclesiae». La segunda aparece, como se indica en la portada, con algunas enmiendas y modificaciones. Ambas fueron recogidas y tachadas por el Santo Oficio; de la última se conserva un ejemplar en la Biblioteca Nacional de Madrid. La misma suerte corrió la edición de Braga de 1622, de la cual se conserva también un ejemplar tachado en la Biblioteca Nacional.

Conforme reza en la portada del libro, la edición de 1728 «va expurgada según el expurgatorio publicado por el Santo Oficio de la Santa y General Inquisición el año de mil setecientos y siete». Se dice también allí que es «la cuarta impresión reconocida y enmendada de muchas erratas que tenían las antecedentes, con un elogio del Doctor Martín Martínez a esta obra». Por último, la edición de 1888 fue realizada por el tipógrafo don Ricardo Fe, con un prólogo de Octavio Cuartero, discípulo que fue de Francisco de Paula Canalejas. Esta edición pretende ser completa, incluyendo en ella con letra bastardilla lo mandado tachar por la Santa Inquisición. Ya Julián Sánchez Ruano, en su librito *Doña Oliva Sabuco de Nantes...* (Salamanca 1867) recoge a manera de apéndice todas o gran parte de las tachaduras del Santo Oficio.

Aunque la edición de 1888 no es mala, tampoco se la puede considerar como definitiva. Falta una edición crítica de la obra de Sabuco, donde consten las múltiples incidencias editoriales por que ha pasado, que, si a veces no han modificado sustancialmente el texto original, pueden dificultar su recta y completa comprensión. Nuestras citas se hacen conforme a la edición de 1888.

IV.—INTENTO DE INTERPRETACION DEL PENSAMIENTO DE SABUCO

Son bastantes los autores que se han acercado al médico-farmacéutico de Alcaraz con ánimo de comprender su libro. Generalmente se han fijado en aspectos parciales de la obra, sin preocuparse de darnos una visión de conjunto y unitaria de la misma. Algunos han resaltado el carácter variopinto de la *Nueva Filosofía*: en ella, efectivamente, se tocan temas médicos, agrícolas, astronómicos, morales, políticos... y «algunos filosóficos», escribe Guillermo Fraile. Drudis concreta más diciendo que las cuestiones propiamente filosóficas que se abordan en el libro de Sabuco pertenecen a la psicología y a la moral.

De hecho, los escritos del albaceteño han pasado a la historia fundamentalmente como un tratado —muy completo para su tiempo— de las pasiones o afectos del alma. Es ciertamente interesante e innovadora la actitud psicossomática que adopta desde un principio, partiendo de la existencia de relaciones constatables entre el cuerpo y el alma. También resulta sorprendente la importancia que otorga a la base fisiológica, más en concreto al *cerebro* y a todo el sistema nervioso considerado como «unidad soberana». Fue un auténtico «adelantado» al escribir en 1587

—aunque lo hiciese, como es lógico, con frases torpes e imprecisas— del flúido nervioso y su influencia en la economía vital del hombre. Alain Guy hace alusión a la diferencia radical que establece Sabuco entre la vida orgánica y la vida de relación, a la primacía que concede a ésta última, a las ideas animistas precursoras de las de Leuret y Coué, etc., etc.

Otros aspectos de la obra del boticario de Alcaraz han sido minusvalorados: cuestiones cosmológicas, agrícolas, políticas, de higiene... Tal vez se ha pensado que son añadidos innecesarios por injustificados, temas de relleno dentro de una obra que presenta una falsa apariencia enciclopédica. En cuanto a los temas propiamente filosóficos tratados por Sabuco, la mayor parte de los historiadores ha creído que son muy escasos, y, por supuesto, siempre enfocados desde una mal asimilada doctrina semi-aristotélica, semi-epicúrea o semi-estoica.

Sin embargo, si nos atenemos a las manifestaciones expresas de Sabuco, parece que lo que él ha pretendido hacer es sólo una *vera*, una auténtica filosofía, una filosofía nueva y —como diríamos ahora— revolucionaria. Lo confiesa innumerables veces a lo largo de sus coloquios o diálogos. En este punto no estoy de acuerdo con el juicio de Solana. El alcaraceño no enfoca los distintos problemas desde una perspectiva médica, sino que desea tratar todos los temas —los médicos y los demás— desde un punto de vista filosófico.

Pero, indudablemente, podemos preguntarnos: ¿qué entiende Sabuco por filosofía? Cuando emplea esta palabra, ¿lo hace en un sentido riguroso o en un sentido vulgar? Si nos atenemos al énfasis con que utiliza siempre el vocablo, habrá que pensar en lo primero. Sabuco habla de filosofía *verdadera*, contraponiéndola a otras «estrictas» filosofías de la antigüedad, cuya doctrina —según él— estaba equivocada. Miguel Sabuco demuestra a lo largo de su libro una gran erudición y, por eso, es de suponer que conoce la naturaleza de esa ciencia, aunque no comparta la idea que se ha tenido sobre la misma desde sus inicios en Grecia. En efecto, después de leer detenidamente los coloquios de Sabuco, he llegado a la conclusión de que tiene un muy peculiar concepto de filosofía, cuyas notas características podrían ser fundamentalmente dos:

Primera. Para Sabuco la filosofía sigue siendo la ciencia del *ser*. Pero no entiende el ser en un sentido abstracto, al estilo de la Escuela. El discurso del albaceteño evoluciona en un nivel principalmente empírico; con justicia se le puede considerar como uno de los principales precursores españoles del método experimental. Para él, el ser es el conjunto de todos y cada uno de los seres existentes. No es un universal *abstracto*, sino un universal *concreto* (empleando una palabra que tal vez no traduzca adecuadamente la idea sabuceana).

Segunda. Quizás sea una consecuencia de la anterior. Según el farmacéutico de Alcaraz, la filosofía como simple *episteme* acerca de las cosas o como *bios zeoretikós* resulta algo inútil y sin sentido. La *ciencia primera* debe orientarse a la defensa y mejora del ser, del mundo, de la vida humana... Los textos que podemos citar al respecto son numerosos y significativos. Redonio recuerda a Antonio en el comienzo del *Coloquio del conocimiento de sí mismo*: «muchas veces os he rogado que

antes que nos muramos mejoremos este mundo, dejando en él escrita alguna filosofía que aproveche a los mortales, pues hemos vivido en él y nos ha dado hospedaje, y no nacimos para nosotros solos, sino para nuestro rey y señor, para los amigos y patria y para todo el mundo»¹¹.

Sigamos adelante. Parece evidente que Miguel Sabuco pretende construir una filosofía y más concretamente una filosofía *del hombre*, una antropología. El primer coloquio lo denomina «del conocimiento de sí mismo»; en otros nos habla del mundo (pero del *mundo del hombre*). Hay un diálogo que lleva por título: «Dicta brevia circa naturam hominis...», mientras otro se llama «Vera philosophia de natura mistorum, hominis et mundi...». De esta filosofía del hombre —asegura Sabuco— surgirá el *nuevo modelo* de medicina, de arte de gobernar... que propone: «Esta es... la naturaleza del hombre no conocida..., la cual naturaleza es el basis, fundamento y regla de la medicina»¹². Ahora bien, para el médico-farmacéutico de Alcaraz, la naturaleza, el *ser del hombre es su vida*, según nos afirma en uno de los primeros títulos del *Coloquio del conocimiento de sí mismo*. Creo que ésta es la clave principal para interpretar la obra de Sabuco, para comprender y valorar su pretendida antropología. Ser en el hombre equivale a vida, a vida en el sentido de existencia peculiar, como veremos después... Los dos movimientos principales de la vida fisiológica son el *cremento* y el *decremento*: «es la vida del hombre como una subida de alegre camino a un monte que arriba tiene la cumbre aguda y poco espacio, y la baja de triste camino por el otro lado»¹³. Pues bien, para Sabuco el *cremento* equivale a «tomar ser», lo cual se traduce en salud, alegría... «El ser es la mayor felicidad», afirma en el título XXVIII del primer coloquio¹⁴. En cambio, el *decremento* significa «ir a la nada y dejar de ser»¹⁵ a través de la vejez, de la enfermedad y de la muerte. «Dejar de ser —escribiera Sabuco— es la mayor miseria»¹⁶.

Pasando a la vida del espíritu, Sabuco mantiene el mismo esquema de pensamiento. Las auténticas virtudes aumentan el ser del hombre, mientras que los vicios lo disminuyen. Al hablar de la amistad, por ejemplo, dice que «es gran felicidad (ya que se nos concede) ser hombres dos veces, teniendo amigo verdadero... El amigo es otro yo»¹⁷.

Con estas ideas como punto de arranque, creo que podemos aventurar una plausible explicación del pensamiento antropológico del boticario de Alcaraz. Comenzaremos por ofrecer un gráfico-esquema, que iremos interpretando después:

11 *Ibid.*, 4 (parlamento de Rodonio).

12 *Ibid.*, 377.

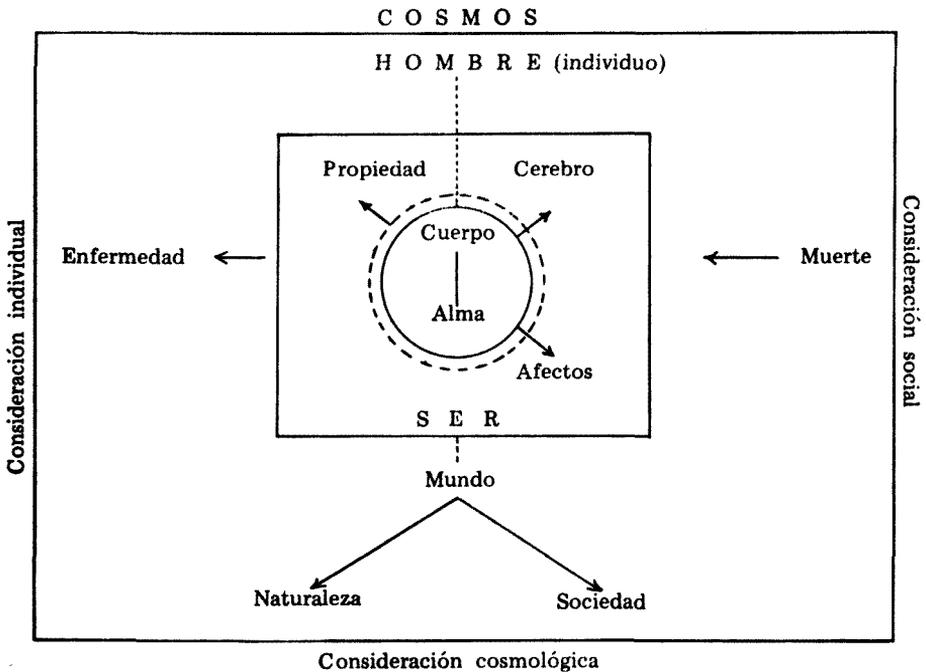
13 *Ibid.*, 128.

14 *Ibid.*, 57.

15 *Ibid.*, 134.

16 *Ibid.*, 57.

17 *Ibid.*, 57.



En alguna ocasión he sostenido que, resumiendo mucho, se pueden distinguir tres tipos de antropología, que han vigido según las más variadas circunstancias históricas: cosmológica, teológica y antropológica. La antropología *cosmológica* predominó en la antigüedad greco-latina y en el Renacimiento, aunque con diversos caracteres. La antropología *teológica* se impuso en la Edad Media. A partir de Descartes se fue elaborando la antropología antropológica, hasta llegar a formulaciones exponenciales tan significativas como el existencialismo de nuestros días. La antropología de Sabuco es evidentemente cosmológica, con lo cual se demuestra que vivió a la altura de los tiempos y, por otra parte, se prueba también que el Renacimiento español no estuvo tan ligado a planteamientos medievales como a veces se afirma. La referencia a Dios en Sabuco es puramente ocasional y no motivada por exigencias del propio sistema. «Es género de tontería —escribe el alcaraceño— vivir en este mundo grande y no entenderlo ni saber cómo está»¹⁸.

Desde este punto de vista antropológico es perfectamente comprensible que no interese a Sabuco el cosmos en cuanto tal, sino en cuanto relacionado dialécticamente con el hombre. El hombre actúa en la naturaleza, pero la naturaleza a su vez actúa en el hombre. El mundo se presenta al ser humano en algunas ocasiones como resistencia, como dificultad, como reto: mudanzas de suelo y cielo, mudanza de tiempo y aire, contrarios grandes y pequeños contrarios... Pero otras veces se

¹⁸ *Ibid.*, 163 en el *Coloquio de la compostura del mundo*.

ofrece como un campo de posibilidades: agricultura, ganadería, industria...

Dijimos antes que para Sabuco el ser del hombre es su *vida*. De aquí se desprende que, dentro del cosmos, mantenga unas relaciones especialísimas con el Sol y con su suplente de noche, la Luna, en cuanto causas visibles de la vida: «...la prudencia divina —escribe— crió al sol, su segunda causa, y el oficio que le mandó fue siempre hacer bien, dar virtud para engendrar las criaturas y darles vida y ser, como plantas y animales»¹⁹. «Calor Solis vitalis, placidus et aeternus»²⁰, exclama en el diálogo *De natura mistorum*... Son sorprendentes estas expresiones de Sabuco, que se repiten a lo largo de los diversos coloquios, como es sorprendente la reflexión que hace al comienzo del *Coloquio de la compostura del mundo*. El mundo creado —dice— es «gran tesoro puesto en contingencia y en arbitrio tan flaco y deleznable, como es el del hombre»²¹. El hombre está en la naturaleza y es naturaleza, dominándola. Pero su libertad le convierte en riesgo para sí mismo, pero también para el cosmos.

El puesto del hombre en el cosmos es totalmente singular, según el boticario alcaraceño. En el título LXVI del *Coloquio del conocimiento de sí mismo*, que trata *De la figura y compostura del hombre*, es donde principalmente expone los rasgos específicos del ser humano, aunque también habla de ellos en otras partes. Son, en resumen, los siguientes:

1º) El hombre es un *microcosmos*: «habéis de saber que llamaron los antiguos al hombre microcosmo (que dice mundo pequeño), por la similitud que tiene con el macrocosmo (que dice mundo grande, que es este mundo que vemos); porque así como en este mundo hay...». Aduce a continuación una serie de razones para probar su aserto, que no es del caso exponer aquí²².

2º) *Posición erecta*: «todos los animales traen la cabeza baja, mirando al suelo, y el hombre sólo la trae alta, siempre derecho mirando al cielo... Y púsole (Dios) los ojos ambos en la parte delantera, para que sin torcer la cabeza, viese lo que hacía con sus manos... (y) para que por aquellas vidrieras, en abriéndolas, viese su patria, que es el cielo, y gozase de tanta variedad para él creada y para que atalayase y viese más de lejos, para guardarse de los contrarios de este mundo»²³.

3º) La naturaleza ha dotado al animal humano de *miembros* perfectamente articulados y funcionales: «Púsole *dos piernas* con tantos goznes y junturas para el movimiento y andamio; el pie ancho para asentarse en el uno, mientras mudaba el otro. Fabricóle *dos brazos* y *dos manos* con tanto artificio de coyunturas y goznes, para menearlos y hacer diversos oficios. Dividióle cinco dedos con sus extremos de hueso, que son las uñas, para aprender y tomar y hacer tantos oficios, usos y provechos como dan al hombre sus manos»²⁴.

19 *Ibid.*, 106.

20 *Ibid.*, 372.

21 *Ibid.*, 176.

22 *Ibid.*, 124.

23 *Ibid.*, 141-43.

24 *Ibid.*, 142-43.

4º) Utilizando una comparación muy frecuente en los antiguos y aun en algunos clásicos españoles (el Infante don Juan Manuel la explica detenidamente en el *Libro del cavallero et del escudero*) dice que el hombre es *árbol del revés*: «El hombre se dijo árbol del revés por la similitud que tiene con el árbol, la raíz arriba y las ramas abajo; la raíz es el cerebro y sus tres celdas de médula anterior, media y posterior... Esta raíz principal del cerebro y de la parte posterior echa su caule o tronco hacia abajo, como el árbol lo echa hacia arriba, que es la médula de los huesos; y de este caule o tronco salen y se ramean otras ramas de este árbol, que son los nervios, que de allí van rameando cada uno a su rama y miembro»²⁵. Realmente era muy poco frecuente en tiempos de Sabuco que se tuviese una idea así del cuerpo humano y menos aún que se concediese una importancia primordial al sistema nervioso para explicar la vida fisiológica del hombre y para comprender muchos aspectos de la psíquica, como los afectos o pasiones.

5º) Al margen de la comparación aludida (que Sabuco utiliza varias veces) enfatiza a cada paso el alcaraceño la peculiar importancia del *cerebro* con un fervor que es difícil encontrar antes de él. Cito sus palabras textuales en *Dicta brevia de natura hominis*: *Quid agis medice? Totus in ventre? Mundifica cerebrum, confortat cerebrum, laetifica cerebrum, spem boni in eo crea verbis, curas tolle graves, taedia, metus, tristitias, et omnem in eo animae discordiam. Hic est radix, causa, principium et officina boni et mali succi, morborum et salutis. Hic affectus, seu perturbaciones, mutationes et passiones. Hic sensatio, alteratio et omnis motus. Hic radix vitae et anhelatio. Hinc humores et succi, hic naturalis et vegetatio, hic vita et mors. Hic radix nutritionis... Hinc semen et lac foeminarum. Hic famis et sitis, hic gustus, hic voluptas et omnis delectatio, hic sedes animae et eius acciones, hic concordia et discordia animae...*²⁶.

Para Miguel Sabuco el cerebro —en su peculiar tamaño y complejidad— no sólo es la nota más original del animal humano, sino también la más importante. Es el mayor privilegio —pues es raíz de todos otros— que le ha otorgado naturaleza. Según el médico de Alcaraz, el cerebro humano está fabricado con tres salas o celdas «en las cuales hiciese sus acciones y oficios espirituales. En la primera de la frente para sentir y entender lo presente. La de enmedio para imaginar y razonar lo ausente, juzgar y querer o aborrecer. La postrera para guardar las especies de lo pasado y ausente con tanta orden y tan admirable, cual podéis ver en la anatomía. Allí junto a ella le fabricó cinco órganos o puertas para los *cinco sentidos*...»²⁷. Del cerebro, por último, sale el *fluido nervioso*, a través de la médula espinal y la red de nervaciones, que produce los movimientos, las acciones, la vida total del hombre.

6º) Su cerebro grande y complejo permite al hombre ser la *conciencia de la creación* y responsable de la misma ante los otros seres y principalmente ante el *Hacedor*, a quien tiene que rendir gracias por todos ellos: «Considerando también el admirable artificio de la compostura y

25 *Ibid.*, 143 ss.

26 *Ibid.*, 359.

27 *Ibid.*, 141.

variedad de las yerbas, plantas y de animales de la tierra, agua y aire, y sus figuras y formas tantas y tan variadas, los cuales por no ser capaces de conocerse a sí mismos ni de dar loores a su Hacedor, quedó esa gratitud a cargo y cuenta del hombre»²⁸.

7º) Para terminar dice Sabuco que, a pesar del especial equipamiento con que ha dotado la naturaleza al hombre, no tiene éste ninguna razón «en tomar *soberbia*, pues en el crecer y vegetación eres árbol del revés... Y en el sentir de la parte sensitiva corpórea bien has visto cuán semejante eres a los animales, y aun algunos te hacen ventaja en vista, en oído, en olfato, en fuerzas, en ligereza. Y si en lo que eres hombre tienes tanta excelencia y ventaja a toda criatura, que es el ánima celestial, divina y eterna, y sus partes, no te fue hecha esa merced para *soberbia*, sino para *agradecimiento*... por todas esas criaturas que no son capaces de conocerse a sí mismas ni a su Criador»²⁹.

En conclusión, el ser humano posee una *situación singular y privilegiada en el cosmos*. A estas alturas de la exposición podemos preguntar: ¿qué es entonces el hombre para Miguel Sabuco y Alvarez? No encontramos en su obra una definición clara que nos sirva como respuesta. Pero existen muchas afirmaciones sueltas que pueden ayudarnos a comprender lo que el albaceteño pensaba sobre esta cuestión, que es la capital de la antropología. Voy a fijarme solamente en dos puntos que juzgo cruciales en la concepción sabuceana.

Primero. Miguel Sabuco acepta la idea tradicional de considerar al hombre como un todo compuesto de cuerpo y alma espiritual. Sin embargo, introduce una serie de matizaciones que le hacen original, hasta cierto punto, en el ambiente cultural de su tiempo. Para el albaceteño —como acabamos de ver— el *cuerpo*, en tanto que estructura orgánica, cobra unidad y sentido a través del sistema nervioso y más concretamente del *cerebro*. No es lo más importante en el cuerpo humano el conjunto de sus humores, ni la sangre, ni el corazón, ni el estómago... sino esa sustancia misteriosa alojada en el cráneo. En cuanto al *alma*, Sabuco admite su racionalidad, su libertad, etc., pero concede una prioridad indudable a la dimensión afectiva o pasional. *Los afectos*, tal como se desprende claramente de los tratados de Sabuco, constituyen el núcleo, la esencia misma de la vida psíquica o espiritual; en función de ellos hay que entender otros elementos que tradicionalmente han sido considerados como relevantes y definitorios. «Para el conocimiento de sí mismo —escribe— buena parte es conocer el hombre y sus afectos»³⁰. No deja de ser esto una relativa novedad en la España y aún en la Europa de la segunda mitad del siglo XVI.

Pero vayamos más adelante. Anticipándose a los tiempos, Miguel Sabuco crea una especie de etología comparada al analizar los diversos comportamientos afectivos o pasionales del hombre. De algunos afectos dice que son privativos suyos. Por ejemplo, sostiene que «el odio a su semejante y de su propia especie sólo el hombre lo tiene...; a sólo el

28 *Ibid.*, 143.

29 *Ibid.*, 155 ss.

30 *Ibid.*, 98.

hombre infinitos géneros de males le vienen del hombre»³¹. Lo mismo afirma de la soberbia, de la avaricia... Y, fijándose en la dimensión temporal del mundo afectivo, escribe: «Sólo el hombre tiene dolor entendido espiritual de lo presente, pesar de lo pasado, temor, congoja y cuidado de lo porvenir»³². Estos tres aspectos corresponden a las tres celdas del cerebro y a las tres funciones o cometidos de lo que Sabuco llama *sapientia*.

En otras ocasiones, el boticario de Alcaraz trata de encontrar «rastros, astucias o soleracias» de los afectos del hombre, de su conducta pasional en los animales. Así cuando habla del agradecimiento, de la magnanimidad, de la prudencia... ¡Lástima que ordinariamente no se haya servido para este menester de la observación controlada y de la experiencia, sino de viejas leyendas, fruto de la ignorancia y la fantasía!

Si pasamos al problema de las relaciones *alma-cuerpo* nos encontramos con la agradable sorpresa de que el letrado de Alcaraz acentúa la unidad frente al dualismo. Posee Sabuco una concepción fundamentalmente unitaria del ser humano —concepción que va exponiendo a lo largo de su obra— a diferencia de la conocida dicotomía cartesiana, que tendría un precedente claro y directo en la famosa *Antoniana Margarita* del hispano Gómez Pereira. Para Sabuco, la relación alma-cuerpo es eminentemente dialéctica, teniendo el alma espiritual la primacía ontológica, mientras el cuerpo tiene la basal o primigenia. Por supuesto, Sabuco no cree que la comunicación entre ambos elementos se haga a través de la glándula pineal, sino por medio de esa maravilla que es el sistema nervioso, que es el cerebro, al que denomina *sedes animae*.

El ser del hombre no termina con los límites de su cuerpo, opina Miguel Sabuco. Al contrario, se extiende en ondas expansivas hasta quedar relacionado con la totalidad del universo. El farmacéutico alcaraceño viene a señalar algo así como tres círculos concéntricos, en torno a cada ser humano. En primer lugar, el mundo cercano de la *propiedad*: bienes muebles e inmuebles que utiliza y a los que de alguna manera considera como *suyos*. En segundo término, el mundo de las *sociedades* o comunidades de hombres con quienes convive y a quienes llama *prójimos*. Por último, está *lo otro*, la naturaleza, el mundo... Pronto volveremos sobre esta cuestión, sobre esta sucesión escalonada de planos.

Segundo. Dijimos anteriormente que para Miguel Sabuco el ser del hombre es su *vida*. El equipamiento con que le ha dotado la naturaleza —incluidas la razón y la voluntad libre— está ordenado a que pueda realizar su vida de hombre en la tierra. Pero, ¿qué entiende el albaceteño por «vida»? Que yo recuerde, nunca lo llega a precisar. En este punto —como en algunos otros— la ambigüedad de Sabuco es notable. En varias ocasiones habla de la *vida psíquica o espiritual*, contraponiéndola a la *fisiológica* (vegetativa y sensitiva) o afirmando que la asume, *conservándola y superándola* (expresiones que nos recuerdan un poco el *aufgehoben* hegeliano). Pero las más de las veces, por exigencias del esquema mental que se ha trazado, suele referirse *directamente* a la

31 *Ibid.*, 32 ss.

32 *Ibid.*, 8-9.

vida fisiológica, aunque aluda también en segunda instancia a la espiritual, tal vez porque piense que aquélla es la «raíz y basis» de ésta. La ambigüedad de Sabuco en el presente tema ha inducido a algunos historiadores —como M. Bejarano— a afirmar que reduce la psicología a mera fisiología. Al menos es cierto que en algún modo la subordina.

Parece ser que para el médico-farmacéutico de Alcaraz la vida es la *existencia* y el *ser* del hombre. De aquí que venga a considerar la *salud* como una especie de *categoría ontológica*, pensando que el conservar-la y aumentarla constituyen la *exigencia* ética fundamental. Según él, existe enlace y adecuación absolutos en esta secuencia de términos:

ser del hombre — vida — salud — felicidad

En cambio, opina que la muerte y la enfermedad son *contra-categorías* (o *contrarios*, en expresión suya), que el hombre debe evitar *en cuanto pueda*. El orden conceptual en este punto sería el siguiente:

no ser del hombre — muerte — enfermedad (vejez) — tristeza.

Naturalmente, en una concepción como ésta, la medicina adquiere un valor antropológico decisivo y la profesión médica pasa al rango social superior. La *Vera medicina*, escribe Sabuco, es «la arte más fructuosa a la república y más necesaria que otra ninguna... (siempre que se practique) entendiendo primero perfectamente y de raíz los secretos de la naturaleza del hombre, que es el fundamento de esta arte...; el médico es el ministro de las grandezas y secretos que Dios y su causa segunda, la naturaleza, criaron; y es el arte que más estimación y premio merece que cuantas hay en la república, pues negocia y trata de lo mejor que la vida humana tiene, que es la *salud corporal*»³³. Para comprender el libro de Sabuco, juzgo que es muy importante saber que —según sus propias confesiones— escribió de medicina *a posteriori*, por exigencias de su concepción antropológica: «De este *Coloquio del conocimiento de sí mismo y naturaleza del hombre*, resultó el diálogo de la que *Vera medicina* allí se vino nacida...; resulta muy claro y evidente... estar errada la medicina antigua, que se lee y estudia, en sus fundamentos principales, por no haber entendido ni alcanzado los filósofos antiguos y médicos su naturaleza propia, donde *se funda y tiene su origen la medicina*»³⁴.

Para mantener y acrecentar su vida, incluso en aquello que Sabuco considera ontológicamente más importante, a saber, «la perfección de naturaleza en la persona», el hombre debe luchar contra los contrarios y aprovecharse de lo que le favorece. Como sugerimos antes, se trata de una suerte de exigencia ética, con fundamento en el ser.

En este cuidado de su vida, el hombre tiene que comenzar por el *cuerpo*. Para ello —entre otras muchas cosas— ha de fijarse principalmente en dos puntos, que la medicina actual considera también esenciales:

- Escoger la alimentación.
- Mejorar los casamientos y *genituras*.

³³ *Ibid.*, 203.

³⁴ *Ibid.*, XLII ss., en la *Carta dedicatoria*...

La higiene y la profilaxis en general poseen para Sabuco una significación altamente antropológica. En la obligada atención general al cuerpo, el *cerebro* —centro vital del hombre— merece un trato especialísimo: «Mundifica cerebrum...; bonum naturale homini est quod firmat, auget et laetificat cerebrum», escribe en *De natura hominis*. En el primero y mejor elaborado de sus coloquios, explica más ampliamente dicha idea: «Según esta naturaleza del hombre, su salud consiste en el oficio recto y jugo apto de la nutrición de la raíz principal, que es el cerebro, y su enfermedad en lo contrario»³⁵. Al final del título LV afirma que el *cremento* del cerebro «es la salud por que vive, y el *decremento*... es la enfermedad por que muere» el hombre³⁶.

Pero el hombre debe preocuparse así mismo por el *alma* y toda esa constelación de *afectos* o pasiones que la constituyen. Los afectos desordenados o incontrolados dañan al alma, pero también al cuerpo, afirma Sabuco en el Título XVII. Casi todo el *Coloquio del conocimiento de sí mismo*, que comienza con el relato de la perdiz perseguida del azor que viene a morir de miedo o susto a los mismos pies de los tres pastores-filósofos, es un claro alegato en favor de esa tesis. La existencia de inteligencia en el animal humano, no corrige o evita el peligro, sino que puede agrandarlo. El hombre, en tanto que ser inteligente y libre, tiene la facultad de enfermarse a sí mismo: *Tu te infirmum et morbosum facis*³⁷. La inteligencia mal administrada puede potenciar u orientar indebidamente el mundo afectivo y ser «causa mortis violentae hominis». Precisamente el punto de arranque de la reflexión antropológica de Sabuco se encuentra en esa constatación: «¡Cuán pocos y raros son los hombres que viven todo el curso de la vida y llegan a morir la muerte natural, que se pasa sin dolor...; vemos a esotros animales comúnmente que viven el curso de su vida hasta la muerte natural, y sin enfermedades, o muy raras»³⁸.

Hay que corregir el lado nocivo de las pasiones, pero a la vez es necesario aprovechar su dimensión positiva. Sabuco propone varios medios al efecto. Quiero subrayar dos por la importancia y actualidad que encierran:

- El amor verdadero y la amistad auténtica, que Sabuco vincula sagazmente a la socialidad y reclama para humanizar la sexualidad..
- La esperanza de bien, la principal de las tres columnas o *empentas* de la salud.

Con relación al segundo punto —la esperanza de bien— no creo que exista en toda la literatura española, y quizás tampoco en la universal, un canto tan encendido como el que entona Miguel Sabuco en el Título XXV: «La esperanza de bien es la que sostiene (como una columna) la salud y vida humana, y gobierna el mundo, ya que hace todas las cosas de este mundo. Ninguna cosa mueve al hombre, sino la esperanza de bien. Todas las acciones y obras exteriores y interiores' las hace espe-

35 *Ibid.*, 160.

36 *Ibid.*, 98.

37 *Ibid.*, 366 y 374.

38 *Ibid.*, 4.

ranza de bien...». Termina la larga exposición con este curioso consejo o aviso: «guárdate de aquél que no tiene esperanza de bien»³⁹.

En cuanto al círculo de la *hacienda* o *propiedad*, Sabuco nos dice unas cuantas cosas sustanciosas para mejorar al hombre, su poseedor o gerente. Por lo pronto, piensa que la extensión del *yo* hacia *lo suyo* viene exigida por la misma estructura del hombre; es necesaria para su realización en la tierra. Pero cree también que la ambición o fiebre en el consumo de alimentos, vestidos, viviendas... pueden deteriorar gravemente la existencia humana. Propugna para todos y cada uno de los hombres la propiedad de bienes, aunque opina que la distribución de los mismos en su tiempo no es correcta. Hay demasiados mercaderes y letrados que están, además, remunerados con exceso. Los ganaderos y labradores pasan a un plano claramente inferior. Sin embargo, éstos son los que llevan el trabajo y sustentan al mundo⁴⁰.

Pero este tema pertenece ya a la organización de las *repúblicas* o *sociedades humanas*. El alcaraceño subordina la política a la antropología, como subordina también la medicina y la higiene. El tercero de los diálogos que integran lo que hemos llamado *cuerpo doctrinal* del libro de Sabuco lleva como título *Coloquio de las cosas que mejoran este mundo y sus repúblicas*. En él se habla del perfeccionamiento de las leyes y pleitos, de la potenciación de los recursos económicos, de la mejoría del honor ciudadano (concepto tan entrañado en el español del siglo XVI)... «Debían los reyes cristianos y el Papa —escribe Sabuco— hacer una ley que contenga esta sentencia: *Honor in manibus tuis*; la honra está en tus manos, y no en las ajenas, con lo cual se abre la puerta de la honra para todo el mundo»⁴¹. Se percibe un aura claramente renacentista en estas palabras, como también se percibe en la sutil diferencia que establece entre dos tipos de *soledad* humana (la soledad aparece ordinariamente como lo contrario de la *socialidad* cuando en realidad no siempre es así): una, enriquece y acrecienta el ser del hombre; otra, lo erosiona o merma. Naturalmente, el albacetense habla de la soledad como categoría antropológica, no como simple hecho psico-social⁴².

Buena parte de los coloquios segundo y tercero están dedicados a la *compostura* del mundo (tierra, naturaleza..., en cuanto relacionados con el hombre) y a su *mejora* en orden a facilitar y potenciar el ser y la vida humanos. Pero de este punto hablamos ya en páginas precedentes.

Con esto llegamos al final de la comunicación. Hemos intentado realizar la noble tarea *mayéutica* de explicitar y ordenar razonablemente el *sistema antropológico* embrionario, escondido en la obra a veces difusa y confusa de Sabuco. Esperamos haber acertado con una perspectiva que ilumine y haga inteligible la *Nueva filosofía*, y que pueda agregarse dignamente al *Florilegio de autores y comentadores de Sabuco*, publicado en Madrid, en 1943. No es función ni pretensión nuestra valorar *hic et nunc* la entidad de su doctrina filosófica ni su importancia histó-

39 *Ibid.*, 50.

40 *Ibid.*, 191 ss., y en el *Coloquio de las cosas que mejoran este mundo y sus repúblicas*.

41 *Ibid.*, 200.

42 *Ibid.*, 57-58.

rica. El lector avisado podrá emitir su juicio sobre esa *originalidad* o *novedad* que Sabuco se arroga y proclama a todos los vientos.

Concluimos resumiendo en seis afirmaciones el trabajo de investigación sobre este curioso libro de nuestra época áurea:

1. Se presenta como una *Vera filosofía* (subrayando ambas palabras).
2. *Pretende* ser una obra eminentemente, casi exclusivamente antropológica o de conocimiento del hombre.
3. Evidentemente, no se trata de una antropología teocéntrica, al estilo medieval. Dios es el supuesto o el pretexto, pero nunca la «razón de ser» en el discurso sabuceano.
4. Es una antropología cosmológica (o fisiológica, en el sentido de los griegos), pero de signo renacentista.
5. Constituye también una antropología *psico-somática*, con mayor enfatización del *soma* que de la *psiqué*.
6. A veces se convierte en una antropología médica (también profiláctica, política...), no en una medicina antropológica, como sugieren algunos historiadores.

Cierro estas páginas con un consejo de Sabuco. El, que debió ser un lector voraz, dice que basta con pocos libros. Cree que es más importante la reflexión personal, «haciendo paradas en la vida, contemplando tu ser y entendiéndote a ti mismo y mirando el camino que llevas y a dónde vas a parar, y contemplando este mundo y sus maravillas, y el fin de él»⁴³.

FRANCISCO RODRIGUEZ PASCUAL

43 *Ibid.*, 118.